# ALEGRIA Y ESPERANZA

**No ha sido nuestra intención el presentar el texto oficial de la Constitución Pastoral "Gaudium et Spes". Nuestra preocupación ha sido la de condensar y hacer asimilable al hombre ocupado de la calle, un extenso documento conciliar lleno de preciosas enseñanzas para el mundo que vivimos. Toda síntesis exige la supresión de adjetivos, adverbios, trozos de frases y... hasta párrafos enteros. A pesar de todo, hemos respetado rigurosamente el sentido, el pensamiento y, en lo posible, el vigor y matiz de la expresión misma. Los números entre paréntesis corresponden a los artículos del texto completo. El lector puede así, fácilmente, verificar y ampliar la doctrina. La Constitución tiene dos partes. La primera (1-45), que aparece en este número, posee un valor eminentemente doctrinal; la segunda (46-93), trata de problemas urgentes temporales bajo un aspecto más circunstancial.**

La Iglesia busca dialogar con los hombres y ponerse a su servicio.

La comunidad cristiana se siente real e íntimamente solidaria de la humanidad y de su historia (1). Por esto, el Concilio Vaticano II no duda en dirigirse a todos los hombres. A todos quiere exponerles cómo ve la presencia y la actividad de la Iglesia en el mundo de hoy (2). La Iglesia tiene el deber de escrutar **los signos de los tiempos** y de interpretarlos a la luz del Evangelio para poder responder, de forma adaptada a cada generación, a las preguntas eternas del hombre sobre el sentido de esta vida y el de la vida futura.

## CRISIS DE DESARROLLO

La humanidad vive hoy una nueva era de su historia, caracterizada por cambios profundos y rápidos... hasta tal punto que se puede ya hablar de una verdadera **metamorfosis** (4). El espíritu científico ha modificado el ambiente cultural. La técnica está transformando la tierra y aspira a la conquista del espacio cósmico. La humanidad se preocupa cada vez más de controlar y planificar su propio desarrollo demográfico. La comunidad humana corre toda ella un mismo y único destino (5). **El tipo de sociedad industrial** se extiende poco a poco; la civilización y el estilo de **vida urbana**

se generalizan; **los medios de comunicación social** y las relaciones del hombre con sus semejantes se multiplican. Esta **"socialización"** impone nuevos vínculos humanos sin garantizar, suficientemente y al mismo tiempo, la "personalización" (6).

El mundo actual se caracteriza por una situación de crisis de crecimiento.

Condiciones nuevas afectan a la misma vida religiosa. Por una parte, el aumento del espíritu crítico **la purifica de la concepción mágica del mundo** y de las pervivencias supersticiosas, y exige la adhesión personal y activa a la fe. Son numerosos los que alcanzan un sentido más vivo de Dios. Por otra parte, el rechazar a Dios o la religión, el ser indiferente, no es algo excepcional; no es infrecuente tal actitud como exigencia del progreso científico y del nuevo humanismo. En no pocas regiones esta negación y esta indiferencia se exhiben hasta en la misma legislación (7).

Una evolución tan rápida engendra y acrecienta contradicciones y desequilibrios. **A nivel personal,** la inteligencia no llega a dominar la complejidad de sus conocimientos, ni a ordenarlos en síntesis satisfactorias. Desequilibrio también entre la preocupación por la eficacia y las exigencias de la conciencia moral, entre la vida colectiva y la necesidad de un pensamiento personal y la sed de contemplación. **A nivel familiar** hay también tensiones ocasionadas por las condiciones demográficas, económicas y sociales, por la discrepancia entre generaciones sucesivas y por el nuevo comportamiento social entre hombre y mujer. **A nivel nacional e internacional,** los desequilibrios son notables entre las razas, las distintas clases sociales, las naciones opulentas, los países menos ricos y los países pobres; en fin, entre instituciones internacionales creadas por un deseo de paz; y entre las propagandas ideológicas o los egoísmos colectivos (8).

El mundo moderno aparece, a la vez, como poderoso y como débil, capaz de lo mejor y de lo peor, con la posibilidad de elegir entre la libertad y la esclavitud, entre el progreso y el retroceso, entre la fraternidad y el odio. El hombre **es consciente de que le toca dirigir** las fuerzas que él mismo ha desencadenado. Por eso el hombre se interroga a sí mismo (9).

Toda esta evolución tan rápida lleva a los hombres a plantearse problemas fundamentales.

En realidad, en el fondo de su corazón, el hombre, forzado a elegir, se encuentra dividido dentro de sí mismo. Sometida a un materialismo práctico, la mayoría no advierte con claridad este su estado dramático. Muchos, oprimidos por la miseria, no tienen tiempo para pensar. Un buen número parece hallar su tranquilidad en una infinidad de explicaciones sobre el significado de las cosas. Otros están convencidos de que el futuro dominio del hombre sobre la tierra podrá satisfacer todas sus aspiraciones.

Y no faltan quienes exaltan a los audaces que se atreven a defender que la existencia humana no tiene **ningún significado propio** y se esfuerzan en dársela ellos mismos a base de ingeniosidades. A pesar de todo, va en aumento el número de los que se preguntan: ¿Qué es el hombre? ¿Cuál es el sentido del dolor, del mal, de la muerte? ¿Cómo insertar al hombre en la sociedad? ¿Qué hay después de esta vida? (10).

## ANTROPOLOGIA CRISTIANA

Hecho a imagen de Dios, herido por el pecado pero rescatado en Cristo.

¿Qué es el hombre? La Biblia enseña que el hombre ha sido creado "a imagen de Dios", capaz de conocer y amar a su Creador, constituido por El como Señor sobre todas las creaturas para gobernarlas y hacer uso de ellas, dando gloria a Dios (12). Sin embargo, bajo la influencia del Maligno, el hombre, desde el mismo comienzo de su historia, abusó de su libertad, alzándose contra Dios y pretendiendo conseguir su fin fuera de Dios. Esto se confirma por nuestra propia experiencia. En efecto, el hombre descubre en sí mismo una inclinación hacia el mal y se ve sumergido en infinidad de maldades. Dejado a sus propias fuerzas, el hombre se encuentra incapaz de combatir eficazmente los asaltos del mal y se siente como encadenado. Pero **el Señor, en persona, ha venido a liberar al hombre y a fortalecerlo** (13).

Es cuerpo y espíritu.

Cuerpo y alma a la vez, el hombre debe respetar su propio cuerpo, que fue creado por Dios y que ha de resucitar en el último día. Herido, sin embargo, por el pecado, padece la rebelión del cuerpo. La dignidad humana exige que glorifique a Dios también en su cuerpo, sin dejarse esclavizar por las inclinaciones depravadas de su corazón (14).

Descubre una ley moral.

En el fondo de su conciencia el hombre descubre una ley que no se la da él a sí mismo y a la que debe obedecer. Resuena en su corazón: haz esto, evita lo otro. **La obediencia a esta ley es lo que dignifica al hombre,** y conforme a ella se le juzgará. La conciencia es el centro más secreto, el santuario donde el hombre está a solas con Dios, cuya Voz percibe en su interior. Cuanto más se afirma la conciencia en la rectitud, tanto más se alejan los individuos y las colectividades de lo arbitrario y se afanan por ajustarse a normas objetivas de moralidad. Con frecuencia sucede que la conciencia se equivoca por ignorancia invencible, y en este caso no pierde su dignidad. Pero esto no puede decirse del hombre que no se preocupa apenas por buscar lo verdadero y lo bueno, y su conciencia se ciega progresivamente por la costumbre del pecado (16).

Libre y responsable.

La dignidad del hombre exige que actúe personalmente, es decir, según una libre y consciente elección, movido desde dentro, no bajo un impulso ciego o una pura coacción externa. Cada uno tendrá que rendir cuentas ante el tribunal de Dios de su propia vida, según él mismo haya decidido hacer el bien o el mal (17).

Sentenciado a morir, pero con la esperanza de una vida nueva.

En presencia de la muerte es cuando el enigma de la existencia humana alcanza su vértice. El hombre se atormenta no tanto por la perspectiva del sufrimiento y de la desaparición de su cuerpo, sino, más que nada, por el miedo al aniquilamiento definitivo de su vida.

La Iglesia, instruida por la Revelación divina, afirma que el hombre ha sido creado por Dios para un destino feliz que sobrepasa los límites y la miseria de esta tierra. Además, la fe cristiana enseña que **la muerte corporal será vencida.** Esta victoria la consiguió Cristo con su muerte y resurrección liberadoras (18).

## EL HOMBRE SIN DIOS

Significado y formas del ateísmo.

Muchos de nuestros contemporáneos no perciben de ningún modo o rechazan explícitamente la relación vital que une al hombre con Dios. Se debe considerar el ateísmo como una de las más graves realidades de nuestro tiempo.

Con la palabra **ateísmo** se designan fenómenos entre sí muy diversos. Unos niegan expresamente a Dios; otros piensan que el hombre nada puede saber acerca de Él; otros examinan el problema de Dios con un método que lo hace aparecer como problema desprovisto de sentido. Muchos tienden a explicarlo todo únicamente por razones científicas y otros muchos no reconocen la existencia de ninguna verdad como absolutamente definitiva. Algunos exaltan al hombre de tal modo que la fe en Dios se presenta sin contenido, ya que les interesa más la afirmación del hombre que la negación de Dios. Los hay que se imaginan a Dios de tal forma que esta imagen que ellos rechazan no es de ningún modo el Dios del Evangelio. Otros, **ni siquiera se plantean el problema de Dios** y no ven por qué tienen que preocuparse de la religión. Hay, además, otro ateísmo que nace muchas veces de una violenta protesta contra el mal en el mundo; y también hay el ateísmo que brota del valor absoluto que se da a los bienes humanos como sucedáneo de Dios. La civilización de hoy, no porque ella sea así, sino porque está demasiado complicada por cosas terrenas, puede hacer cada día más difícil el acercarse a Dios.

Causas del ateísmo. Responsabilidad de los creyentes.

El ateísmo proviene de diversas causas; entre las cuales se encuentra también cierta reacción crítica contra toda religión y en particular, en algunas regiones, contra la religión cristiana. Por eso, en este aumento del ateísmo **quizás los creyentes tengan una parte de responsabilidad** en cuanto que han ocultado, en lugar de revelarlo, el rostro de Dios y de la religión al descuidar la educación de su fe, al presentar de forma equívoca la doctrina y también por las deficiencias de su vida religiosa, moral y social (19).

El ateísmo moderno se presenta con frecuencia bajo una apariencia sistemática. Quienes profesan tal clase de ateísmo sostienen que la libertad

consiste en que el hombre sea para sí mismo su propio fin, el único artífice de su historia. **Pretenden que la afirmación de Dios es totalmente superflua.**

Ateísmos de carácter sistemático, de tipo humanista y marxista.

Entre las formas del ateísmo contemporáneo no se puede pasar por alto la que espera la liberación del hombre, principalmente de su liberación económica y social. Afirma que la religión, por su misma naturaleza, es un obstáculo a esta liberación, ya que al poner la esperanza humana en la ilusión de una vida futura, **le aparta de la construcción de la ciudad terrena.** Por eso los partidarios de tales doctrinas, allí donde conquistan el poder, combaten violentamente la religión, difundiendo el ateísmo especialmente en la educación de la juventud, con todos los medios de presión de que hoy dispone el poder del Estado (20).

El ateísmo no es una verdadera respuesta.

La Iglesia no puede menos de reprobar con dolor estas doctrinas y tácticas funestas. Con todo, se esfuerza por comprender la mentalidad de los ateos y trata de descubrir los motivos de su negación de Dios. La Iglesia defiende con firmeza que la dignidad humana encuentra precisamente en Dios su fundamento y su perfección... Por el contrario, si este fundamento divino y la esperanza de la vida eterna desaparecen, **la dignidad humana queda gravemente lesionada,** y los misterios de la vida y de la muerte, de la culpa y el dolor no tienen solución y el hombre llega a veces hasta caer en la desesperación.

Remedios del ateísmo moderno. La Iglesia debe encontrarle solución a través del diálogo y el testimonio de fe viva de los creyentes. De todos modos, en la construcción de este mundo, creyentes deben cooperar juntos.

La verdad es que todo hombre es para sí mismo un problema sin explicación humana. Nadie logra escapar totalmente a esta interrogante. El remedio al ateísmo se ha de esperar de una presentación adecuada de la doctrina y de la pureza de vida de la Iglesia y sus miembros..., el testimonio de una fe culta para saber reconocer con lucidez las dificultades y saber superarlas. Testimonio insigne de esta fe lo dieron y lo siguen dando muchísimos mártires. **Ella debe penetrar la vida toda de los creyentes, incluso la profana.** Pero lo que más contribuye a manifestar la presencia de Dios es la caridad fraterna de los fieles, quienes, unánimes en su espíritu, colaboran con la fe del Evangelio. La Iglesia proclama abiertamente que todos los hombres, creyentes y no-creyentes, deben trabajar unidos en la construcción de un mundo justo y que esto no puede realizarse sin un diálogo leal y prudente. Hay que lamentar las discriminaciones entre creyentes y no-creyentes, que algunas autoridades civiles practican injustamente, con menosprecio de los derechos fundamentales de la persona humana. La Iglesia reclama para los creyentes una libertad efectiva que les permita levantar, también en este mundo, un templo a Dios (21).

La verdad sobre el hombre y todos los valores humanos adquieren su dimensión en Cristo, Dios - hombre, Hombre perfecto.

Cristo es el hombre perfecto. El misterio del hombre no se aclara del todo sino en el de Cristo, completamente semejante a nosotros a excepción del pecado. Sufriendo por nosotros, no sólo nos dio ejemplo para que sigamos sus huellas, sino que abrió un camino; si lo seguimos, la vida y la muerte se santifican y adquieren un sentido nuevo.

Ello es válido no solamente para los que creen en Cristo, sino incluso para todos los hombres de buena voluntad en cuyo corazón la gracia obra de modo invisible. Cristo murió por todos y, en consecuencia, la vocación definitiva de todos los hombres **es una: es divina.** Por Cristo y en Cristo se esclarece el enigma del dolor y de la muerte, que fuera de su Evangelio nos aplasta (22).

## LA COMUNIDAD DE LOS HOMBRES

El ambiente y estructura de la sociedad influyen a veces decisivamente, en la conducta de los hombres.

Gracias a sus relaciones con los demás, a las ayudas mutuas y al diálogo, el hombre crece, se desarrolla y responde a su vocación. En nuestros días los vínculos de dependencia no cesan de multiplicarse. Este fenómeno, que se llama **"socialización",** aunque no exento de peligros, trae consigo muchas ventajas para la persona humana y la defensa de sus derechos.

Sin embargo, no se puede negar que los hombres, por el ambiente social en que viven y que les empapa desde su infancia, muchas veces se ven apartados del bien y arrastrados al mal. Es cierto que **los desórdenes** tan frecuentes en el orden social **provienen en parte de las tensiones existentes en**

**las estructuras** económicas, políticas y sociales..., aunque más radicalmente proceden del orgullo y del egoísmo humano. Allí donde la jerarquía de las cosas ha sido viciada, el hombre, inclinado al mal desde la cuna, encuentra nuevos alicientes que les impulsan a pecar. Sin grandes esfuerzos, sin la ayuda de la gracia, no sabría vencerlos (25).

El orden de la sociedad ha de subordinarse a la dignidad de la persona y sus derechos fundamentales.

Dado que la interdependencia se va extendiendo poco a poco al mundo entero, el bien común se vuelve cada vez más universal. Aumenta al mismo tiempo la conciencia de la eminente dignidad de la persona humana por encima de todas las cosas, cuyos derechos y deberes son universales e inviolables. Es preciso que todo lo que el hombre necesita se le haga asequible: alimento, vestido, habitación, derecho de elegir libremente el estado de vida, fundar una familia, derecho a la educación, al trabajo, a la fama, al respeto, a una debida información, derecho a obrar según la recta norma de su conciencia, a la protección de la vida privada y a una justa libertad también en materia religiosa. El orden de las cosas ha de subordinarse al bien de las personas y no al revés (26).

Una comunidad verdaderamente humana exige el respeto, servicio y amor al prójimo como a "otro-yo".

Cada uno debe considerar al prójimo, sin exceptuar a nadie, como **"otro-yo"...** y ponerse de verdad a su servicio, lo mismo si se trata de un anciano olvidado de todos, de un trabajador extranjero, de un exilado, como de un niño nacido de unión ilegítima y víctima injusta de un pecado que él no ha cometido o también de un hambriento que llama a nuestra conciencia.

Por supuesto, todo lo que se opone a la misma vida, como son los homicidios de cualquier género: genocidio, aborto, eutanasia, el suicidio voluntario; todo lo que viola la integridad de la persona humana: mutilaciones, tortura física y moral, presiones psicológicas; todo lo que ofende la dignidad humana, como las condiciones infrahumanas de vida, las detenciones arbitrarias, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de mujeres y corrupción de menores, las condiciones de trabajo degradantes que reducen a los trabajadores a la condición de meros instrumentos de ganancia sin tener en cuenta su personalidad libre y responsable... Todas estas prácticas y otras parecidas son infamantes y al corromper la civilización humana **deshonran a los que las realizan más que a los que las sufren** y manchan gravemente el honor del Creador (27).

Incluso a los enemigos.

El respeto y la caridad deben extenderse también a los que tienen concepciones o maneras de actuar diferentes... **Hay que saber distinguir entre el error,** siempre rechazable, **y el hombre equivocado** que conserva íntegra su dignidad de persona. Sólo Dios es juez y examinador de los corazones. La enseñanza de Cristo nos pide el perdón de las ofensas y su precepto de amor abarca a todos nuestros enemigos (28).

Es lo único que nos puede conducir a la realización de la justicia social.

La igualdad fundamental de todos los hombres entre sí es una verdad que debe ser más y mejor comprendida. Ciertamente, no todos los hombres son iguales en capacidad física, condiciones intelectuales y morales. Sin embargo, toda discriminación en los derechos fundamentales de la persona se ha de superar y eliminar como contraria a los designios de Dios, por ejemplo, el que a la mujer se le niegue el derecho de elegir libremente esposo, de abrazar tal estado de vida o el acceso a una educación y una cultura semejante a la del hombre (29).

Hay que superar el individualismo y nacionalismo.

Todos lleven muy en su corazón el deber de aceptar y observar todas las exigencias sociales. Al unificarse el mundo cada vez más, las obligaciones de los hombres desbordan los estrechos límites de grupos y colectividades, particulares y nacionales, para llegar a abrazar al universo entero. No se logrará esto sino a condición de que, mediante la ayuda necesaria de la gracia divina, surjan **hombres nuevos,** artífices de una humanidad nueva (30).

Se necesitan hombres nuevos formados para la responsabilidad social.

La educación de los jóvenes ha de orientarse de modo que suscite hombres y mujeres no sólo cultos, sino dotados de una **fuerte personalidad,** pues nuestro tiempo los necesita con urgencia. El hombre muy difícilmente alcanzará este sentido de responsabilidad si las condiciones de vida no le permiten ser consciente de su propia dignidad. La libertad humana, de ordinario, se debilita cuando el hombre cae en un estado de miseria, y se corrompe cuando, dejándose llevar de una vida excesivamente cómoda, se encierra en una especie de **"torre de marfil".**

Es preciso elogiar a las naciones que, en una auténtica libertad, favorecen la participación del mayor número de ciudadanos en los asuntos públicos. Conviene, empero, tener en cuenta las condiciones concretas de cada pueblo y la necesaria firmeza del poder público (31).

También en este punto, la Iglesia extrae su enseñanza de la vida de Cristo.

Dios no creó al hombre para vivir aisladamente... Desde los comienzos de la historia de la salvación, Él escogió a los hombres no sólo como individuos, sino también **como miembros de una comunidad.** Este carácter comunitario se perfecciona y consuma en la obra de Cristo. Al participar en las costumbres normales de la vida social reveló a los hombres el amor del Padre y la excelsitud de su vocación. Santificó las relaciones humanas, de modo especial las familiares, origen de las relaciones sociales. Se sometió voluntariamente a las leyes de su patria. Quiso llevar **una vida idéntica** a la de cualquier trabajador de su tiempo y de su región (32).

## SENTIDO PROFUNDO DE LA ACTIVIDAD HUMANA

La actividad humana no se para en la acumulación de riqueza, ni en la transformación de estructuras sociales; por su medio, el hombre colabora en la obra del Creador, él mismo se perfecciona y llega a superar el egoísmo al servir a los demás.

Gracias a su trabajo e ingenio, el hombre no cesa de extender su poder sobre casi toda la naturaleza. ¿Cuál es el sentido y valor de tal actividad? ¿Cómo emplear esas riquezas? ¿A qué fin han de tender los esfuerzos de individuos y sociedades? La Iglesia **no siempre tiene la respuesta** inmediata para cada interrogante, pero desea unir la luz de la revelación a la común experiencia para iluminar el camino (33).

A los ojos de los creyentes, el hombre, creado a imagen de Dios, ha recibido la misión de someter la tierra, de reconocer a Dios como Creador y de orientar hacia Él tanto su ser como el del universo... Los hombres y mujeres que, al ganar el sustento para sí y su familia, organizan su trabajo de modo que sea útil para la sociedad, tienen derecho a pensar que con ese mismo trabajo **complementan la obra del Creador** y contribuyen de modo personal a la realización del plan de Dios en la historia (34).

Con su actividad, el hombre no sólo transforma las cosas y la sociedad; él mismo se perfecciona, aprende, desarrolla sus facultades, se obliga a superarse y a salir de sí mismo. **Más vale el hombre por lo que es que por lo que tiene** (35).

La actividad humana goza de una legítima autonomía y encuentra precisamente su garantía y consistencia por la referencia a Dios.

Muchos de nuestros contemporáneos parecen temer que una vinculación demasiado estrecha entre la actividad humana y la religión dañe la autonomía de la sociedad o de la ciencia. Si por autonomía de la realidad terrestre se entiende que las cosas y las mismas sociedades tienen leyes con valor propio y que el hombre debe progresivamente conocerlas, aplicarlas y sistematizarlas, no hay duda de que es absolutamente legítima esa exigencia de autonomía. Más aún, quien con perseverancia y humildad se esfuerza por penetrar en los secretos de las cosas y de los seres, aunque no tenga conciencia de ello, está como llevado por la mano de Dios que sostiene todos los seres y hace que sean lo que son. Conviene, por tanto, lamentar **ciertas actitudes** entre los mismos cristianos, no lo suficientemente respetuosos de la autonomía legítima de la ciencia. Tales actitudes de tensión y conflicto **han conducido a muchos espíritus a pensar en una oposición entre la fe y la ciencia.**

La actividad humana debe luchar sin cesar por liberarse de las contradicciones que la envuelven por causa del pecado.

Sin el Creador la creatura desaparece. Por eso todos los creyentes pertenecientes a cualquier religión siempre han escuchado la voz de Dios y su revelación en el lenguaje de las creaturas. Más aún, el olvido del Creador obscurece la comprensión de la misma creatura (36). Un duro combate contra los poderes de las tinieblas acompaña a toda la historia de los hombres, y durará hasta el último día. El hombre tiene que **combatir continuamente** para seguir el bien; no podrá obtener sin grandes esfuerzos, y con la ayuda de Dios, la concorde unidad de su persona. Los cristianos afirman que toda actividad humana ha de purificarse y dirigirse a la perfección por la cruz y la resurrección de Cristo. **"Todo es vuestro; vosotros de Cristo y Cristo de Dios"** (37).

Cristo obra en los corazones de los hombres por la virtud de su Espíritu. Él anima, purifica y fortifica las aspiraciones generosas con que la familia humana se esfuerza por humanizar su propia vida y someter toda la tierra a este fin. Pero los dones del Espíritu Santo son múltiples. A unos llama para que den abierto testimonio de su deseo de la patria celestial... A todos ofrece la libertad espiritual que permite renunciar al amor propio y a la vez em-

plear todos los recursos terrenos en la vida humana con la preocupación puesta en los bienes futuros. Entonces la humanidad entera **llegará a ser una ofrenda agradable a Dios** (38).

La Iglesia nos invita a contemplar en Cristo resucitado, el significado pleno de la actividad humana.

Ignoramos el tiempo del fin de la tierra y de la humanidad, desconocemos el modo de transformación del universo; pero sabemos que Dios prepara **una tierra nueva.** Vencida la muerte, los hijos de Dios resucitarán en Cristo.

Ciertamente, sabemos que de nada le sirve al hombre conquistar el universo **si acaba por perderse a sí mismo.** Aunque el progreso terrenal se ha de distinguir con cuidado del crecimiento del Reino de Cristo, este progreso tiene mucha importancia para el Reino de Dios, en la medida en que pueda contribuir a una mejor organización de la sociedad humana. Estos valores los volveremos a encontrar purificados de toda mancha, iluminados, transfigurados (39).

## LA IGLESIA OFRECE SU COLABORACION

Agrupación visible y comunidad espiritual a la vez, la Iglesia marcha al mismo ritmo que toda la humanidad. Esta compenetración de la ciudad terrena y de la ciudad celestial no es perceptible sino por la fe (40).

La Iglesia aporta la doctrina de Cristo promotora como ninguna, de la dignidad y derechos de los hombres.

Por esta, la Iglesia es capaz de liberar a la dignidad humana de todos los bandazos de las opiniones que, por ejemplo, rebajan exageradamente el cuerpo humano o lo exaltan sin discreción. Ninguna ley humana puede ofrecer a la dignidad y libertad humanas mejores garantías que el Evangelio de Cristo, confiado a su Iglesia. Pues, aunque el mismo Señor preside la historia humana y la historia de salvación, sin embargo, esta misma ordenación divina, lejos de suprimir la justa autonomía del hombre, más bien la restaura y la confirma en su verdadera dignidad (41).

La misión propia que Cristo confió a su Iglesia no pertenece al orden político, económico o social, sino al religioso. De esta misión religiosa se desprenden una acción, una luz y unas fuerzas que pueden servir para establecer y consolidar la comunidad de los hombres según la ley divina.

Por su unidad y universalidad viene a ser un fermento de unión para todas las naciones.

Además, la Iglesia reconoce el movimiento hacia la unidad, los progresos de una sana socialización. Como, por fuerza de su misión y naturaleza, no está vinculada a ninguna forma particular de cultura humana ni a ningún sistema político, económico o social, **la Iglesia puede ser, por su carácter universal, un lazo muy íntimo entre las diferentes naciones y las diferentes comunidades humanas.** Lo que ella desea, ante todo, es poder desarrollarse libremente en servicio de todos, bajo cualquier régimen que reconozca los derechos fundamentales de la persona, de la familia y los imperativos del bien común (42).

Exhorta a los cristianos a que sean los mejores ciudadanos, siempre penetrados por el Espíritu de Dios.

El Concilio exhorta a los cristianos a que, como ciudadanos, cumplan fielmente sus deberes temporales dentro del espíritu del Evangelio. **Están lejos de la verdad los que,** conscientes de su marcha hacia la ciudad futura, **piensan que por ello pueden descuidar sus obligaciones terrenas.** No menos se engañan quienes, por el contrario, juzgan que pueden comportarse en sus deberes humanos como si fueran ajenos a su vida religiosa. Este divorcio entre la fe y la vida diaria debe ser estimado como uno de los mayores errores de nuestros tiempos.

Las profesiones y las actividades seculares corresponden propia, aunque no exclusivamente, a los laicos; que los laicos esperen de los sacerdotes luz e impulso espiritual, pero que no piensen que sus pastores vayan a estar siempre en condiciones de dar inmediata y concreta solución a todos los problemas, aun los más graves.

**A nadie le está permitido jamás invocar la autoridad de la Iglesia en respaldo de su opinión.** La Iglesia no ignora que a lo largo de los siglos ha habido entre sus miembros, clérigos y laicos, hombres infieles al Espíritu de Dios. Esto también ocurre en nuestros días. Sea cual fuere el juicio de la historia sobre tales deficiencias, debemos ser conscientes de ellas y combatirlas con vigor. Guiada por el Espíritu Santo, la Iglesia **"exhorta a sus hijos a purificarse y renovarse"** (43).

La Iglesia se enriquece a su vez, ya que todo desarrollo comunitario redunda en beneficio de la comunidad eclesial.

Pertenece a todo el pueblo de Dios, pero especialmente a sus pastores y teólogos, examinar con la ayuda del Espíritu Santo, discernir e interpretar el lenguaje de nuestro tiempo a la luz de la palabra divina. La Iglesia puede enriquecerse y de hecho se enriquece a través de la evolución de la vida social; no porque le falte algo en la constitución que Cristo le dio, sino, precisamente, para profundizarla, expresarla mejor y adaptarla a los tiempos. **Quien promueva la comunidad humana**, tanto en el plano internacional como en el nacional, **aporta una ayuda no pequeña a la comunidad eclesial** en cuanto ésta depende de las condiciones externas. Respecto a la oposición de sus adversarios y perseguidores, la Iglesia reconoce haber recibido de ellos grandes beneficios y confía en seguir recibiéndolos todavía (44).

En todo momento, la Iglesia no quiere ser sino la Iglesia de Cristo, centro y convergencia de las aspiraciones e historia humanas.

En medio de semejantes avatares, la Iglesia no tiene más que una aspiración: que el reino de Dios venga y se realice la salvación de todo el género humano. El Señor es el término de la historia y de la civilización, el centro de la humanidad, la dicha que colma el deseo de todos los corazones. Dijo el mismo Señor: **"Yo soy el alfa y la omega, el primero y el último, el principio y el fin"** (45).

## CONSTITUCION PASTORAL "GAUDIUM ET SPES"

### INTRODUCCION

1.—Solidaridad de la Iglesia con toda la familia humana.
2.—A quiénes se dirige.
3.—El servicio del hombre.

### EXPOSICION PREVIA: LA SITUACION DEL HOMBRE EN EL MUNDO

4.—Angustia y esperanza.
5.—Cambio profundo.
6.—Cambios en el orden social.
7.—Cambio sicológico y moral.
8.—Desequilibrios del mundo.
9.—Aspiraciones universales.
10.—Interrogantes profundas.

### PRIMERA PARTE: LA IGLESIA Y LA VOCACION DEL HOMBRE

11.—Responde a las llamadas del Espíritu.

#### Cap. I: Dignidad de la persona humana

12.—Imagen de Dios.
13.—El pecado.
14.—Constitución del hombre.
15.—Inteligencia, verdad y sabiduría.
16.—Conciencia moral.
17.—Libertad.
18.—Misterio de la muerte.
19.—El ateísmo.
20.—Ateísmo sistemático.
21.—Actitud hacia el ateísmo.
22.—Cristo, Hombre nuevo.

#### Cap. II: Comunidad humana.

23.—Intento del Concilio.
24.—Carácter comunitario.
25.—Persona y sociedad.
26.—Promoción del Bien Común.
27.—Respeto a la persona.
28.—Amor al adversario.
29.—Igualdad fundamental.
30.—Superación del individualismo.
31.—Responsabilidad y participación.
32.—Cristo y la solidaridad.

#### Cap. III: La actividad humana en el mundo

33.—Planteamiento.
34.—Valor de la actividad humana.
35.—Normas de la actividad humana.
36.—Autonomía de lo temporal.
37.—Corrupción por el pecado.
38.—Perfección en el misterio pascual.
39.—Una tierra nueva.

#### Cap. IV: Tarea de la Iglesia en el mundo actual

40.—Relación entre la Iglesia y el mundo.
41.—Ayuda para todos.
42.—Ayuda a la sociedad.
43.—Cristianos y actividad humana.
44.—Lo que recibe del mundo.
45.—Cristo, alfa y omega.

NOTA.—En nuestro próximo número continuaremos con la segunda parte: "Algunos problemas especialmente urgentes".